

CRÍTICA Y ELOGIO DE LAS TEORIAS DE DESARROLLO *



KOSTAS VERGOPOULOS**

La crisis actual de las teorías y modelos de desarrollo está lejos de constituir un tema nuevo de reflexión puesto que éste, con bastante frecuencia, ha sido ya objeto de discusión en la última década. Sin embargo, por mucho que se haya discutido las teorías del desarrollo —algunos para reivindicarlas otros para superarlas— no se ha logrado hasta ahora clasificar suficientemente la cuestión. Los conceptos de moda en los años 60 y 70 son reemplazados en los años 80 por una crítica carente de conceptos. El pensamiento radical de los años 80 se une así a posiciones neo-conservadoras: estas dos corrientes adoptan el mismo tipo de prevención contra cualquier enfoque teórico, discurso coherente y trabajo de conceptualización. Aunque es cierto que las teorías del desarrollo son maltratadas por el curso real que ha seguido la eco-

* Traducción del Dr. Gonzalo Arroyo.

** Profesor de la Universidad de París VIII.

nomía mundial, estas críticas no tendrán ningún sentido a la larga, si no se llega a formularlas en base a una nueva reflexión, tan rigurosa, conceptual y teórica como la precedente.

I. ¿El concepto de desarrollo está ya caduco?

Después de la crisis, sigue la recuperación, idea extrema de teóricos de la expansión. Al igual que propuestas de rigor y coherencia analítica de los 60, captan menos nuevas racionalidades concretas.

A medida que la recesión de la economía mundial, iniciada en 1973, se transforma progresivamente en un largo e ineluctable estancamiento, es notable constatar el reflujo, el silencio y aún la impotencia de las teorías que, sin embargo, habían predominado en los debates económicos y políticos de los años 60 y 70, sobre el desarrollo. El viraje desconcertante de la coyuntura mundial hace aparecer hoy día el

conjunto de teorías y políticas de desarrollo no sólo como irrealistas e imposibles, sino aun como irresponsables y nefastas. En estos momentos, para una economía nacional, el objetivo declarado de simplemente crecer, dentro de una situación de estancamiento mundial, puede parecer como una "iniciativa peligrosa y suicida" o como una "operación agresiva" que debería ser sancionada.

Nuevos temas de reflexión y reglas de conducta surgen con los nuevos objetivos buscados por las políticas económicas dentro del horizonte actual de lento crecimiento para la economía mundial. Por eso las políticas que estimulan el crecimiento y el desarrollo son acusadas de generar déficits acumulativos y el consiguiente endeudamiento externo. Economías nacionales y presupuestos públicos deficitarios, empresas públicas y privadas endeudadas, políticas sociales sin recursos, todo esto no es más que la consecuencia directamente ligada al viraje recesivo de la economía mundial. Más allá de las reflexiones teóricas de moda, ésto demuestra que la orientación recesiva de la escena internacional en los últimos 10 o 15 años es la que genera la falta de solvencia de las economías nacionales, y no lo inverso. Asimismo, la crisis de las finanzas públicas, de los sectores privados y de las prestaciones sociales del Estado-providencia (seguridad social, pagos a los desempleados, servicios de salud y de educación, etc), no deriva de deficiencias orgánicas crónicas que hubiesen operado en la anterior fase expansiva sino, al contrario, han hecho su aparición recientemente como consecuencia de las opciones recesivas hechas tanto por la economía como por las políticas económicas de los Estados. Es así que se impone, como una necesidad ineluctable, la regla de oro de la política anti-inflacionaria: el enfriamiento de la actividad económica con el fin de restablecer los equilibrios financieros fundamentales.

Es evidente que en esas condiciones lo que se juega en la política deflacionista realizada en el plano mundial, es el cese tanto del crecimiento económico como del desarrollo. De este modo las teorías del desarrollo se transforman en algo impertinente, no tanto en función de su grado de eficacia sino más bien en función del cambio en los términos del debate económico de nuestra época. Estas teorías aparecen entonces como obsoletas no sólo por las estrategias que proponen, sino aún más por los tipos de cuestionamiento que plantean. Todo parecería indicar que el curso real de la historia hace que la cuestión del desarrollo

sea hoy olvidada por el pensamiento económico y que por lo tanto no se busquen soluciones a los verdaderos problemas.

II. Los desarrollistas impenitentes

La teoría que no tiene razón de ser, se autodestruye: reacción típica de los desarrollistas arrepentidos

“Lo real es racional”, decía Hegel. Habría, con todo, que dilucidar las formas concretas de la racionalidad de la realidad y comprender su lógica. Mientras que entre los economistas se instala la nueva temática, y las condiciones reales de la ra-

cionalidad histórica se están modificando profundamente, se manifiestan varios tipos de reacción entre los teóricos del crecimiento y del desarrollo. Se presentarán aquí en forma esquemática las dos reacciones más representativas.

Por una parte, se manifiestan los adeptos impenitentes de las políticas expansivas de antaño y de siempre. Se incluirá en esta categoría corrientes de pensamiento bastante variadas: keynesianos ortodoxos y keynesianos de izquierda, neo-ricardianos de Cambridge, economistas radicales norteamericanos y una buena parte de los poskeynesianos, neo-kaleckianos, antiguos liberales de los años 50, neo-marxistas de los años 60, teóricos redistribucionistas de tipo socialdemócrata, paleomarxista de antaño y de hoy y, por supuesto, los desarrollistas de todas las épocas. Todos se contentan con condenar, sin reservas, el auge del monetarismo, las políticas recesivas y, por consiguiente, la opción de estancamiento para la economía mundial. Todos suponen igualmente que las condiciones expansivas de antes, del crecimiento y desarrollo, pueden ser implantadas hoy sin ningún problema y con el mismo éxito, aunque ésto supusiese acciones concertadas de un conjunto de gobiernos.

En uno de los extremos de esta categoría existen teóricos que, en base a su sólido conocimiento de la historia, se adhieren admirablemente imperturbables y confiados a las lecciones del ciclo: no hay nunca nada nuevo; a la crisis seguiría siempre la recuperación. Así, afirma Immanuel Wallerstein que las políticas deflacionistas se han manifestado siempre en la historia durante las fases de profundización de las crisis económicas. Sin embargo, hay que reconocer que en el pasado la deflación era una *consecuencia* de un proceso recesivo. En cambio, ésta es buscada actualmente como un objetivo positivo, no solamente para defenderse de los efectos de la crisis, también, sobre todo, para acelerar los procesos recesivos y para estabilizar el estancamiento¹.

No sería sorprendente constatar, una vez más, que lo nuevo y lo inédito progresan poniéndose la máscara de lo antiguo, de lo ya conocido: deflación por deflación, pero la de los años 20 preparaba a la salida keynesiana y fordista de los años 30, mientras que en la crisis actual el inconveniente proviene del hecho de que la deflación se fundó histórica-

¹ “La historia del capitalismo, ¿se confunde acaso con una sucesión de altos y bajos? Ciertamente, pero a la hora actual ¿la recesión es voluntariamente organizada por los Gobiernos?”. P.A. Samuelson. “L'économie mondiale à la fin du siècle” in *Revue Française d'Economie* No. 1, 1986.

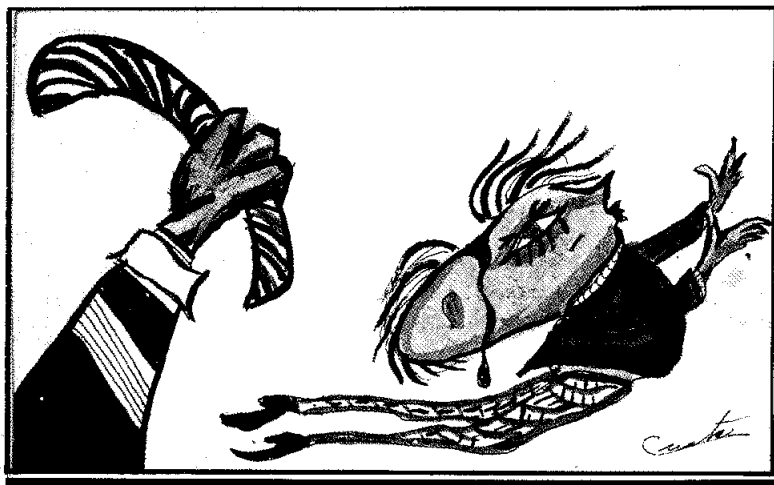
mente en el agotamiento previo de las tentativas para salir de la crisis, cuya inspiración era keynesiana².

En el mismo extremo deben incluirse las construcciones teóricas de los años 60 que eran producto de un rigor y de una coherencia analítica y conceptual. ¿La escena real de la economía mundial habría cambiado? Las construcciones teóricas acabadas reaccionan replegándose en sí mismas, mediante la renovación y el fortalecimiento del discurso de los principios y el rechazo a considerar los cambios como significativos. El divorcio entre la realidad que evoluciona y las teorías que se afirman como inmutables, constituye hoy un fenómeno bastante frecuente. La vía de la "deconexión" propuesta por Samir Amin, en el sentido de construir autónomamente condiciones para la independencia nacional, por muy coherente, rigurosa y honesta que sea, aparece como el camino de la utopía frente a una realidad cambiante que se busca a sí misma, se interroga sobre sus nuevas formas de estabilización y sobre los términos de nuevas teorizaciones³.

Se puede admitir, ciertamente, que las construcciones teóricas de este conjunto de corrientes son tan respetables como dignas de admiración. Sin embargo, porque están inscritas en el orden especulativo de la historia, éstas captan cada vez menos las nuevas racionalidades concretas emergentes. Recordemos que una buena parte de las versiones actuales del neo-fundamentalismo, tanto en el plano religioso como económico, cultural y político, estarían relacionadas con las reacciones de repliegue ortodoxo frente al desarrollo de dinámicas inéditas y, hasta el presente, difícilmente asimilables.

² cf. D. Bell y I. Kristol. *Crisis y renovación de la teoría económica*, Bonnel-Publisud, Paris, 1986. Pese a críticas respecto a generalizaciones demasiado rápidas, consultar en esa obra el trabajo de P. Drucker, "Hacia una nueva economía".

³ S. Amin. *La déconnexion. Pour sortir du système mondial*, Ed. La Découverte, Paris, 1986.



III. Los desarrollistas arrepentidos

Por otra parte, existe otro tipo de reacción entre los teóricos del crecimiento y del desarrollo. Pero antes descartemos decididamente las posiciones corrientes hoy que no pierden ocasión de extasiarse frente a los progresos de la tecnología moderna. Su felicidad tecnológica traería

A pesar de que el principio de mundialización de la economía esté ya admitido en general, éste desaparece cuando se trata de elaborar estrategias concretas.

al recuerdo, sin duda alguna, las delicias "grand public" en tiempos del Segundo Imperio. Notemos con todo que la beatitud tecnológica de tipo "rive droite", difundida hoy por el conjunto de los medios de comunicación, no ha podido jamás disimular las interrogaciones realistas e inquietantes de un Saint-Simon o de un Auguste Comte.

Puesto que el terreno que sirvió de fundamento material a la elaboración de las teorías de los años 60 está en vías de hundirse, no es útil continuar a disertar como si nada hubiese pasado. Una reacción típica de esta categoría de intelectuales es la siguiente: la teoría, que no tiene razón de ser, se autodestruye. El teórico inventa placeres nuevos: exhibir su impotencia teórica; seducir por la exhibición de su escepticismo, de su agnosticismo; jugar el papel de un teórico arrepentido. Pero la observación de los procesos reales actuales y un cierto retorno al empiricismo se imponen en gran parte aunque ésto no fuera más que para pensar lo que es realmente y significativamente nuevo. Aparece entonces la necesidad de definir los términos de un nuevo acercamiento a las formas históricas concretas, liberado con todo de cualquier complejo con respecto a la conceptualización y a la teorización. Estas, en ese momento, parecerían prematuras.

Moisés Ikonikoff pertenece, sin duda, a la categoría de intelectuales que han vivido el viraje reciente de la economía internacional como un colapso de la teoría en general⁴. Aparece a menudo como marcado por este hecho, por ser de espíritu heurístico y sugerente, de capacidad de observación perspicaz y penetrante. Seduce siempre por la originalidad de sus presentaciones sintéticas. Desmenuza, con paciencia e inteligencia, los elementos de la nueva escena histórica que está emergiendo. Pese a haber trabajado tanto en el campo teórico, su intuición de investigador lo lleva a abstenerse de realizar teorizaciones que por el momento le parecen prematuras.

Pese a todo es necesario recordar la vieja regla del juego: la autocrítica que lleva a la auto-destrucción de su propio sistema teórico constituye sin duda un ejercicio interesante pero bajo condición que sea realizada con el mismo rigor que el del cuerpo teórico criticado. Una reflexión a-crítica o pre-crítica no se transforma realmente en *crítica en el sentido pleno*, sino a partir del momento en que logra referirse a un sistema de pensamiento alternativo del que sustenta el objeto criticado.

⁴ M. Ikonikoff. "Trois thèses erronées sur l'industrialisation du Tiers Monde", Paris, 1987 (mimeo); "Projet de développement: acteurs et modèles de référence" in *Tiers Monde* No. 104, oct.-dic. 1985; "L'industrialisation du Tiers Monde à l'épreuve des mutations" in *Tiers Monde* No. 107, jul.-sept. 1986.

IV. Una subestimación fatal: el mercado mundial

Es asombroso constatar hoy que casi todo el conjunto de teorías y modelos de desarrollo tienen como elemento común haber ignorado o subestimado el parámetro del mercado mundial. La asignación de recursos, la distribución del ingreso, el acceso a las tecnologías, los sistemas monetarios y financieros de las economías periféricas han sido siempre examinados de manera contradictoria por las teorías de desarrollo. Por una parte, se tomaban en cuenta estos temas en relación a las restricciones impuestas por el sistema mundial pero, por otra parte, en las orientaciones propuestas para salir del subdesarrollo, se recala siempre en la trampa de la *opción nacional* del desarrollo. En otras palabras, la lógica del mercado mundial, aunque presente en los diagnósticos de subdesarrollo, desaparecía completamente en la parte de las estrategias de desarrollo.

Los modelos de desarrollo deben tomar en consideración el mercado mundial en dos aspectos fundamentales: a) la definición de líneas de inserción en el sistema de la división internacional del trabajo; las formas en que una economía nacional se inserta internacionalmente son determinantes en lo que concierne a la naturaleza y al grado de desarrollo de la misma; b) la definición conjunta de las condiciones y de las normas de competitividad tanto para el mercado interno como para el mercado internacional. Los modelos alternativos de desarrollo de la CEPAL, las teorías liberales de desarrollo que toman como motor el comercio exterior, los esquemas inspirados en A.W. Lewis sobre la asignación de recursos en relación a la estructura del empleo, los modelos inspirados en A. Hirschman sobre los polos de desarrollo, las problemáticas en torno al crecimiento equilibrado o no, y hasta las últimas proposiciones sobre el desarrollo autónomo y autocentrado, han considerado siempre el sistema mundial como un espacio "exótico" y *no limitante*. De hecho, esas teorías han contribuido a que los países subdesarrollados se constituyan en el telón de fondo del sistema. Pero esta escena no era más que el producto de una transposición de lo propuesto por la Economía Política para los países desarrollados del centro industrializado. Por eso, no es sorprendente constatar la misma ausencia significativa en los dos modelos: el mercado mundial, dramáticamente ausente de la teoría general del crecimiento capitalista, e igualmente ausente en los modelos de desarrollo del Tercer Mundo. A pesar de que el principio de mundialización de la economía esté ya admitido en general, este principio desaparece cuando se trata de elaborar estrategias concretas. Ikonicoff es uno de los pocos autores que trata, a su modo, el problema real que se deriva de la inspiración "nacional-desarrollista" de los modelos existentes de desarrollo.

Recientemente existe una tendencia en América Latina a buscar la verdad de la sociedad en la "sociedad civil", es decir, en el carácter privativo de sus relaciones sociales, alejadas del Estado, de la sociedad política y del estatismo. Pero este camino no parece sacar el debate de la trayectoria "nacional-desarrollista". En otras palabras, lo que se debe buscar es "desnacionalizar" las teorías y modelos de desarrollo y, al contrario, la referencia a la sociedad civil parece ser una forma nueva para lograr una "renacionalización" de la problemática del desarrollo.

Si, por ejemplo, tomamos los modelos de "polos de crecimiento", es decir, fundados sobre desequilibrios, no se podría decir que éstos son menos "nacionales" que otros centrados en un crecimiento bien equili-

brado y apoyados por los poderes soberanos de los Estados. Si la sociedad civil puede aparecer en un momento dado como distinta del Estado en ciertos países del Tercer Mundo, ésto se debe a que ha logrado establecer su unidad y cohesión nacionales, independientemente de su estructura política. Por lo tanto no hay ninguna razón que permita establecer una relación privilegiada entre lo nacional y lo estatal, sobre todo a partir del momento en el que la nación moderna capitalista es capaz de someter a su propio Estado para convertirlo en "una prolongación de sus propias condiciones de existencia"⁵.

Por otra parte, conviene indagar si el concepto de *mercado*, vehiculado por las ideas hoy de moda, sería el más apto para sobrepasar el carácter nacional de los modelos de desarrollo. Sin duda, la simple referencia al mercado no bastaría para salirse del cuadro de la determinación nacional. El mercado está siempre sobredeterminado por las condiciones sociales constitutivas de la nacionalidad. De hecho el concepto de mercado no hace más que traducir en términos de intercambio las relaciones sociales nacionales. La noción de precio, categoría central en la constitución del mercado, no tiene referente individual pero se refiere automáticamente a un sistema global de precios.

Esto hace que la exigencia postulada hoy sobre la "verdad de los precios" o sobre "precios transparentes" sea en buena parte ilusoria pues es imposible imaginar precios libres de determinación extra-económica. Los precios, sobre todo en los países del Tercer Mundo, están inextricablemente ligados a las características de la nacionalidad. La funcionalidad de los sistemas de precios es sobre todo asegurar la reproducción de los sistemas económicos y sociales nacionales. Como lo señala Celso Furtado, la hipótesis de los "precios transparentes" deriva de la teoría del equilibrio general, pero ambas se han ya revelado como muy inapropiadas para analizar los aspectos reales del subdesarrollo.

En la misma línea de cuestionamientos conviene precisar igualmente que la referencia a la noción de *competitividad* no ha sido suficiente para superar la noción "nacional" de los modelos de desarrollo. En efecto, a menudo en ellos la competitividad de ramas o sectores refleja un cierto número de condiciones específicas que conciernen exclusivamente al espacio nacional de la economía.

En suma, sería vano e ilusorio tratar de eliminar la dimensión nacional en una reflexión sobre el desarrollo: la sociedad, el poder, el sistema monetario y financiero se define siempre en el contexto de la nación. Sin embargo, el mercado mundial ejerce una influencia decisiva sobre el desarrollo nacional. La solución real no consiste ciertamente en suprimir uno u otro de los dos términos, sino en definir las condiciones para su combinación más productiva. La productividad del trabajo y el grado de competitividad, aunque reflejan las condiciones de organización de un país, no pueden ser evaluadas sino a nivel internacional⁶. Cada sociedad debe definir específicamente sus sectores débiles, que debe proteger, y sus sectores fuertes que pueden ser expuestos a la competencia

⁵ La expresión proviene de K. Marx. Ver también la cita "La superstición política es la única que se imagina hoy que la cohesión de la vida civil es el hecho del Estado, mientras que en realidad es que al contrario la cohesión del Estado se mantiene en base a la vida civil", *Ideología alemana*, Editions Sociales, Paris, p. 139.

⁶ Michel Beaud. *Le système mondial hiérarchisé*, Editions La Découverte, Paris. 1987.

Si en el contexto actual, el desarrollo significa la intensificación de los intercambios con el exterior, la moratoria provocaría un congelamiento súbito de los mismos.

internacional. Las ventajas comparativas diferenciales entre naciones —que es supe-

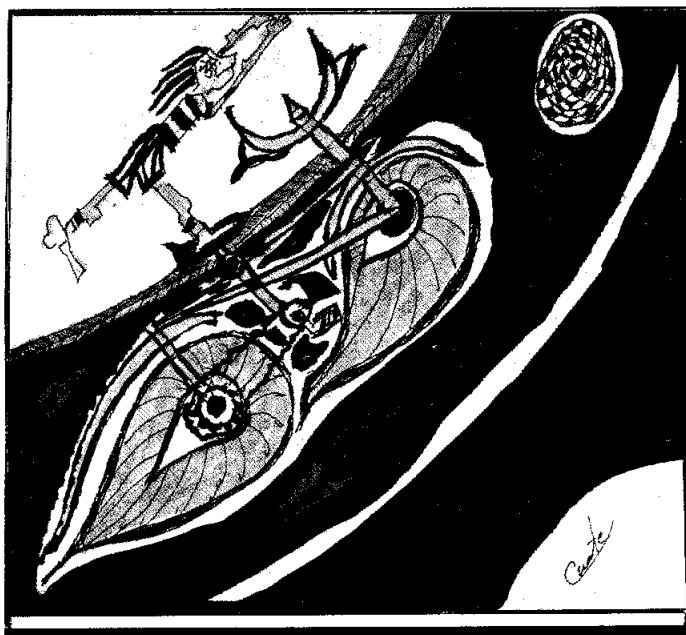
puestasamente el fundamento de la división de la producción y de la especialización internacionales— no se explican tanto por la dotación desigual en factores de la producción de los países, sino más bien en función de diferencias entre las formaciones económicas y sociales, como entidades globales. Lo que parece ser una ventaja individual o sectorial para un país dado, resulta a menudo para una organización específica, permitiendo a las empresas exportadoras un buen número de beneficios, formales o informales, que provienen del conjunto de sectores de la economía nacional. El liberalismo en economía no es jamás integral; recordemos a este respecto las innumerables "violaciones" del liberalismo en las políticas concretas de Estados Unidos, Japón y Corea del Sur. Pero asimismo el proteccionismo integral no es tampoco viable.

Es indudable que desde el tiempo de las proposiciones cepalinas hasta las actuales sobre el desarrollo autónomo o endógeno, sus sostenedores consideran con desconfianza la hipótesis de una inserción en el sistema mundial de producción. La insistencia de Raúl Prebisch y de la CEPAL sobre la necesidad de construir una estructura productiva nacional diversificada, se oponía sin duda a la hipótesis alternativa de una integración internacional por vía de la especialización. Asimismo, para los partidarios de los modelos de desarrollo autónomo, las relaciones exteriores son invariablemente denunciadas como generadoras de vínculos de dependencia.

Esto no impide que aun en el caso de países que han realizado un cambio político y social radical —por ejemplo Cuba, Nicaragua, Argelia, Irán, etc.— los problemas de la integración comercial y financiera con el exterior sigan presentándose para los nuevos dirigentes de la misma manera, o casi de la misma, que en el pasado. Y sin embargo, según el análisis de la teoría de la dependencia, estos mismos problemas eran, al principio, reconocidos como de importancia estratégica para la perennización del estado de subdesarrollo y de la desarticulación.

Pese a que los del Tercer Mundo son hoy las víctimas de "condicionamientos externos" derivados del vuelco recesivo de la economía mundial y de la profundización del proceso de internacionalización de los mercados financieros, la CEPAL y los teóricos del desarrollo autónomo persisten en proponer como posible y realista el repliegue sobre sí mismos. Se evitan así afrontar problemas reconocidos como decisivos, como son el financiamiento de las inversiones, la inflación, la transferencia de tecnología, la solvencia de la economía nacional, la productividad del trabajo, la competitividad de los precios, etc.

Esto mismo podría decirse de aquéllos que proponen actualmente —y son bastante numerosos— la *moratoria unilateral* respecto a la deuda externa de los países más endeudados del Tercer Mundo. Si, en el contexto actual, el desarrollo significa la intensificación de los intercambios con el exterior, la moratoria provocaría un congelamiento súbito de los mismos, lo que tendría como efecto un nuevo bloqueo del desarrollo. Por lo tanto la idea, muy popular, de moratoria traduce de manera patente y por lo demás muy característica la sobre-estimación grave del factor



externo en la elaboración de estrategias de desarrollo, aunque por otra parte hay que reconocer el poder que posee tanto en el modelaje como en la reproducción del subdesarrollo.

Si la experiencia actual nos enseña algo sobre el desarrollo es precisamente, en primer lugar, la necesidad de repensar el desarrollo en su entorno inevitable, a saber en el seno de una realidad, adversa y persistente, pero que con todo es la realidad del sistema económico mundial.

V. Bloqueos en la industrialización del Tercer Mundo

En sus análisis, Ikonicoff se encarniza, con método y sin piedad, a sacudir una a una nuestras certezas sobre las que se apoyan los modelos teóricos de desarrollo desde el comienzo de los años 50. En esta reseña implacable, su placer al destruir sistemáticamente los principios que él había sustentado en el pasado se encuentra apenas disimulado.

La industrialización del Tercer Mundo se encuentra definitivamente en un callejón sin salida. Por momentos se estanca o retrocede según constata Ikonicoff. Se estaría fácilmente de acuerdo en que éste es un hecho que marca nuestra época y que es verificable por la serie de observaciones estadísticas. Sin embargo, es evidente que el mensaje que trae consigo de la crisis industrial no se detiene allí.

La reestructuración ideológica actualmente en curso impone una serie de cambios de enfoque más o menos radicales en relación a nuestra manera habitual de concebir las cosas. De este modo, el cese de la industrialización del Tercer Mundo, y aun las nuevas tendencias a la desindustrialización, se prestan a interpretaciones variadas y contradictorias. En otras circunstancias ésto hubiera servido para dar una señal de alarma. En nuestro caso Ikonicoff, como buen investigador que es, aprovecha para replantear una serie de cuestiones que se creían ya debidamente respondidas.

La desindustrialización coincide con la baja generalizada de la actividad económica. En países del Tercer Mundo, este fenómeno se deriva de la crisis industrial manifestada en países occidentales.

Si la industrialización del Tercer Mundo se detiene, el balance no debería ser negativo en todos los aspectos. En este orden de ideas se nos recuerda que la industria no es siempre algo bueno en sí. Por otra parte, ella pertenecería a un orden tecnológico tocado ya por la obsolescencia. En este razonamiento intervienen una serie de argumentos que Ikonicoff trata de examinar en orden. Su anti-industrialismo, cada vez más fundamental y radical, es expuesto con fuerza de demostración y utiliza diversos enfoques y una pluralidad de argumentos de origen igualmente diferentes y heteróclitos:

- a) la industrialización del Tercer Mundo se encuentra actualmente bloqueada;
- b) está bloqueada a causa del fracaso de los modelos de desarrollo aplicados. Entre éstos se refiere explícitamente a los siguientes:
 - i. el modelo de las industrias industrializantes (Francois Perroux, Gérard Destanne de Bernis);
 - ii. el esquema cepalino del núcleo industrial endógeno (Raúl Prebisch, Osvaldo Sunkel, Fernando Fajnsylber);
 - iii. el modelo que se apoya particularmente en industrias pesadas (la vía socialista o socializante como por ejemplo Argelia);
 - iiii. los modelos que recomiendan el desarrollo autocentrado e independiente (Samir Amin, Fernando H. Cardoso, Theotonio dos Santos);
- c) aún en el caso de que la industrialización progrese —como en Brasil— en vez de fracasar, no hace que disminuya la dependencia, al contrario, la reproduce y consolida (observaciones de la escuela antidependista de M. C. Tavares y L. G. Coutinho);
- d) la inexistencia o la debilidad del sector I productor de bienes de capital no es una causa del bioqueo industrial porque en India la existencia de un muy sólido sector I se revela como causa principal del retardo y del subdesarrollo de ese país;
- e) la industrialización pesada en el Tercer Mundo, abre la vía a la constitución de aparatos de Estado burocráticos y a burocracias de Estado con una *lógica de poder* que se substituye inevitablemente a las lógicas de producción con racionalidad;
- f) el poder de las burocracias de Estado, fundado en la necesidad de la industrialización pesada, imprime a ésta dos orientaciones restrictivas: el *proteccionismo* y el concepto de *tecnologías apropiadas*. Ahora bien, estos dos principios generan en definitiva procesos que van a perpetuar el arcaísmo tecnológico y social y el bloqueo económico. En virtud de estos dos principios los países que los adoptan se transforman en “coto de caza” de las burocracias dirigentes;
- g) aunque se supusiese que la industrialización fuese algo positivo —aunque lo fuera durante un tiempo— y que el Tercer Mundo pudiese disponer de medios apropiados para lograrlo, ésto no sería en definitiva más que una ventaja de todas maneras dudosa, alea-

toria y de corta duración a causa de las mutaciones tecnológicas actualmente en curso. Las actividades industriales puras se desvalorizan rápidamente en el mundo actual, mientras que las nuevas actividades de punta se concentran esencialmente en torno a la informática y a los servicios. De hecho, la industria que pierde dinamismo, se diluye progresivamente en las nuevas ramas donde predominan la información y la inteligencia.

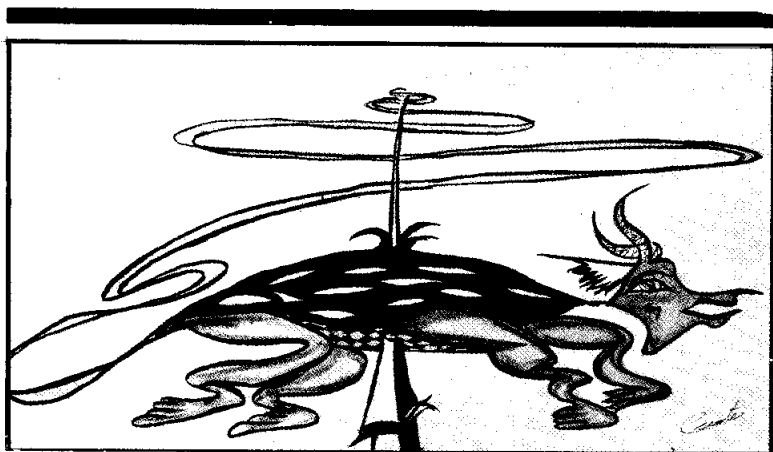
Las líneas que preceden constituyen en cierta manera un cuadro recapitulativo de las proposiciones de Ikonicoff sobre la industrialización del Tercer Mundo. Parece claro que más allá de los elementos fastidiosamente modernos que circulan con los vientos de los años 80, se perfila igualmente en estas posiciones un enfoque original y sistemático, sugerente y atrayente, sobre los problemas del desarrollo en este periodo de fin de siglo, y que pretende además forzarnos a reconsiderar lo que ya dábamos como logrado.

Sin embargo, sorprende constatar cuán fácilmente el discurso tiende a sub-estimar su propio contexto histórico⁷. La ideología "grand public" de nuestra época no pierde ocasión de disertar sobre lo que ella presenta como el "callejón sin salida de la industrialización del Tercer Mundo". Pero se olvida habitualmente de completar la crítica con lo siguiente:

a) la industria no avanza y aun retrocede, no sólo en los países del Tercer Mundo sino igualmente en los países industrializados de Occidente. La *desindustrialización* constituye un tema de reflexión desde hace por lo menos 10 años, tanto en el mundo anglo-sajón (Estados Unidos, Inglaterra) como en Europa occidental y en Japón.⁸

⁷ Sobre la irrupción fulgurante de la ofensiva ideológica anti-industrialista hecha sobre todo en los años 70 y 80 por corrientes neo-liberales de América Latina, ver la presentación sintética de C. Ominami. "Le débat industriel latio-américain", Ponencia presentada en el Coloquio de la Orstom, *Economie industrielle et stratégies d'industrialisations dans le Tiers Monde*, Paris, 26-27 febrero 1987.

⁸ Entre otros están F. Blackaby. *De-industrialization*, Gower, 1978; B. Bluestone-B. Harrison, *The deindustrialization of America*, Basic Books, New York, 1982; sobre la inevitable desindustrialización de Japón ver el Informe del Comité Maekawa, *Le Monde*, 3 dic. 1986.





b) la desaceleración del proceso de industrialización se manifiesta casi en el mismo momento en el conjunto de países del mundo y tiene relación con la reducción de la actividad económica en general en momentos del viraje recesivo de la economía mundial. Se podría pretender que en el seno del lento crecimiento general, debido principalmente al declinio de las actividades industriales, la desindustrialización coincide históricamente con la baja generalizada en la economía. Sin embargo, esta hipótesis no toma en cuenta que los nuevos sectores de servicios consolidan su peso en la economía, aunque hasta ahora solamente en un sentido relativo. Es cierto que en los 7 países más ricos del sistema mundial, la participación de los servicios en el PIB pasaba de 57.6% en 1973 a 61.4% en 1984. Pero esta agresión es en parte aparente puesto que resulta más bien del estancamiento de los otros sectores de la economía que de un crecimiento real del sector servicios. Para el Japón, la potencia económica emergente, la problemática de los servicios no ha modificado la de la industrialización: en los últimos 7 años su industria no ha cesado de crecer a razón de 7.7% anual en promedio, mientras que los servicios la han hecho en sólo 3.5%;

c) la desindustrialización constituye un fenómeno importante, ligado a la caída de las inversiones productivas a nivel mundial, a las políticas de revalorización sistemática de los activos y a la intensificación de las formas modernas de la internacionalización financiera;

d) la desaceleración de la industrialización de los países del Tercer Mundo se deriva de la crisis industrial manifestada en primer lugar en los países occidentales.⁹

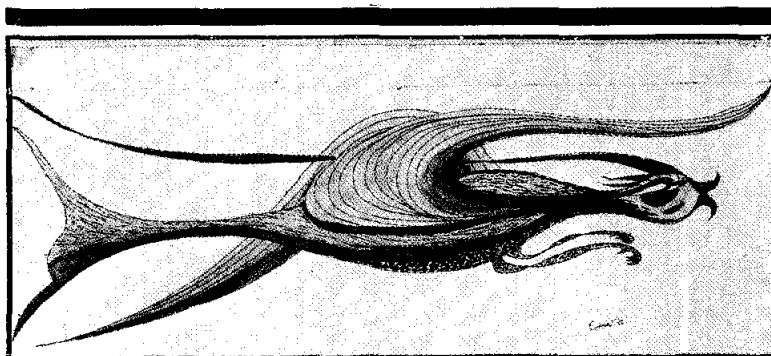
⁹ El Grupo llamado de los 77, vocero de los países del Tercer Mundo, ha denunciado en varias ocasiones a los países occidentales del grupo "A" como responsables de la baja industrialización en los países del sur: las políticas deflacionistas del Centro hacen bajar las exportaciones industriales de los países periféricos, al mismo tiempo que aumentan sus dificultades financieras como consecuencia de la valorización continua de los activos monetarios y financieros de los países dominantes. Cf. Unctad. *Arusha Programme for collective self-reliance an framework for negotiations*, Manila, mayo 1979.

De hecho, se debería abordar la cuestión de la crisis del proceso de industrialización en el Tercer Mundo después de haber tomado en consideración el conjunto de elementos que definen el carácter de la recesión mundial actual y las tendencias cercanas que están en juego. Desde hace ya más de 15 años, las políticas económicas a escala mundial de los Estados persisten en organizar deliberadamente la profundización de la recesión puesto que han escogido esta vía como la del mal menor. En ese contexto, la baja de la industrialización, más que el producto de un fracaso, debería ser interpretado como el resultado de un abandono de la misma, de un cambio de objetivo y de perspectiva a lograr. Las políticas de contracción de la liquidez que llevan a la revalorización de los activos y a la internacionalización de los mercados financieros, han contribuido sin duda a la desaceleración de las actividades industriales. Sería inútil disertar sobre la desindustrialización mientras no se tome en consideración este aspecto fundamental de la recesión actual.¹⁰

Las aplicaciones de los modelos de desarrollo de la CEPAL, de los teóricos de polos de desarrollo y del desarrollo autocentrado se encuentran hoy desautorizados. Pero sería inexacto e injusto hablar de su fracaso. Estos modelos tenían su propio grado de eficacia para el contexto en el cual fueron concebidos y aplicados. Si aparecen hoy retardos imprevistos, si las recomendaciones parecen caer cada vez más en el vacío, esto no se debe a un eventual fracaso sino más bien a la modificación del contexto general que éstos presuponían como dado. En efecto, se admitía implícitamente en todos ellos, que existía un contexto mundial permisivo, abierto e inagotable frente a las necesidades del desarrollo nacional. Ahora bien, ese contexto después de haber estimulado efectivamente en el pasado las estrategias periféricas de penetración en los mercados mundiales, aparece hoy como un factor limitante, cada vez más prohibitivo para ese tipo de experiencias nacionales en el campo del crecimiento y del desarrollo.

Es precisamente por eso que las teorías del desarrollo son criticables: todos los modelos, sin excepción, no habían comprendido que su operacionabilidad dependía de tendencias históricas concretas del sistema mundial. Lo que sucedió no es con todo un fracaso a causa de un afrontamiento; de una derrota siempre uno se repone. Pero en nuestro caso hay algo peor: algo así como una brusca mutación climática o geológica que nos obliga a repensar todo desde el comienzo y en particular la relación crítica entre lo nacional y lo mundial.

¹⁰ P. Drucker. "The changed world economy" in *Foreign Affairs*, Spring, 1986.



VI. El concepto de dependencia

Sobre la dependencia Ikonicoff comenta a justo título la pertinente observación de María de Conceição Tavares y Luciano G. Coutinho sobre la experiencia brasileña.¹¹ Contrariamente a los análisis y a los postulados de las diversas teorías de la dependencia, la ampliación de la base productiva nacional en Brasil no conduce a una baja del coeficiente medio de las importaciones. El estudio detallado de la cuestión permite aún confirmar que los coeficientes de importación sectoriales del conjunto de la economía no bajan con el crecimiento regular de la productividad ni con el agrandamiento de la base productiva. Se puede verificar que a partir de la consolidación histórica de la integración vertical de la industria brasileña, acaecida a comienzos de los años 60, el comportamiento de las importaciones sigue al ciclo económico propio de la economía brasileña en su conjunto.¹²

Es cierto que en Brasil el coeficiente de importaciones es habitualmente más bien débil y por consiguiente la importancia estratégica de este índice se encuentra por lo mismo reducida. De hecho este país pertenece a una categoría bastante especial y bastante poco representativa de la gran mayoría de los países del Tercer Mundo. Pero si las constataciones señaladas para Brasil, que también son aplicables a India, se verificasen en un buen número de casos, esto podría demostrarse fatal al menos para algunas de las versiones de la noción fundamental de dependencia. Por cierto, no se debería olvidar que el concepto de dependencia fue históricamente presentado por sociólogos, el brasileño F. H. Cardoso y el chileno E. Faletto. Este concepto parecía incomparablemente más flexible que las rigideces y las irreversibilidades, implícitas o explícitas, del concepto de sociedad periférica.

¹¹ M.C. Tavares y L.G. Coutinho, "La industrialización brasileña reciente" en *Economía de América Latina* No. 12, CIDE/CET, Buenos Aires, sept. 1984.

¹² M. Ikonicoff, "L'industrialisation du Tiers Monde" en *Revue Tiers Monde*, sept. 1986.



En el debate alrededor de este tema M. C. Tavares y J. Serra se distanciaron no sólo respecto a los dependentistas, sino también a los "tercermundistas". En efecto, estos autores siempre defendieron la necesidad de volver al análisis de los ciclos económicos de la economía brasileña, inspirados en Kalecki, y también al análisis del capital financiero. Sin embargo, hay que reconocer que el tránsito de ese país al capitalismo financiero, que parecía a Tavares hace 10 o 12 años como una maduración de la formación económica brasileña, se revela hoy más bien como un simple efecto de la profundización de la recesión mundial sobre la economía nacional. El reforzamiento de las formas financieras del capitalismo brasileño en los años 70 no se produjo como síntomas de la transición hacia una etapa superior de acumulación del capital, aparece sobre todo como avatar de la desaceleración de la actividad económica en el contexto recesivo mundial. En otras palabras, el crecimiento reciente de formas con apariencia financiera se debe mucho más al crecimiento de tendencias especulativas, ligadas a la profundización de la recesión, que a una hipotética constitución de un capitalismo superior de tipo financiero.¹³

Bajo esta nueva luz, la dependencia, al menos en este caso, no sólo sería una noción dudosa y ambivalente, sino además podría aparecer como una *consecuencia* del desarrollo. Es decir, mientras más se desarrolla la economía, ésta se revela más *dependiente* de insumos, de tecnologías y de productos que deben ser importados del extranjero.¹⁴ Bajo estas condiciones ¿cuál sería el estatus de la noción de dependencia? La dependencia, ¿limita el desarrollo o al contrario ésta es limitada por éste? Si éste fuera el caso, ¿habría otro concepto más pertinente para dar cuenta de la realidad de las economías periféricas? Ikonicoff, conocedor de la experiencia brasileña e indú, nos invita de nuevo a reflexionar sobre este concepto clave y sobre el uso que le fue reservado en las teorías y modelos de desarrollo.

VII. Poder político y modelos económicos

La cuestión a dilucidar es saber la parte de responsabilidad que los modelos de desarrollo aplicados han tenido en la constitución de aparatos de Estado burocráticos y de burocracias dominantes en un buen número de países del Tercer Mundo. A pesar de la coincidencia entre el esfuerzo por el desarrollo y las tendencias a la burocratización y al estatismo en varios países en desarrollo, se debería distinguir en un primer momento entre los dos problemas. En este dominio está de moda hacer una amalgama entre Tercer Mundo y desarrollo por un lado, y estatismo y burocratización por el otro. Algunos llegan a afirmar que el objeto del

¹³ M.C. Tavares. *Da substituição de importações ao capitalismo financeiro. Ensaio sobre a economia brasileira*, Ed. Zahar, Rio de Janeiro, 1977; José Serra, "Ciclos e mudanças estruturais na economia brasileira de apos-guerra. A crise recente" en *Revista de Economia Política*, t. 2-3, Sao Paulo, sept. 1982.

¹⁴ Un ejemplo de dependencia creciente debido al desarrollo es proporcionado hoy por Japón. El aspecto de fragilización en aumento es examinado ingenuamente en el artículo especial "Japan's troubled future" en la revista FORTUNE, 30 marzo 1987.

desarrollo provee de hecho una *coartada ideológica* que encubre los procesos de cristalización de nuevas estructuras de poder y de denominación. Las nuevas clases medias, constituidas principalmente sobre estructuras de parentela política, organizan su monopolización del poder económico y social mediante la regulación del acceso al Estado, la elaboración de programas de acción colectivos que refuerzan el dominio de éste sobre la economía y la sociedad. Sería inútil retomar en este artículo esos viejos debates que vuelven a ponerse de moda hoy como consecuencia del colapso de las ideologías. Aunque reconozcamos el interés permanente de este tipo de cuestionamientos, sería necesario puntualizar que se trata de problemas variados cualitativamente diferentes. Sea o no ideología de la nueva denominación, el desarrollo permanece a pesar de todo como objeto de crecimiento económico y de ordenación de las relaciones de producción y de circulación.

Por otro lado, los fenómenos de burocratización y de estatismo están específicamente ligados a las formas de cohesión social y de estructuración del poder político. Sería por lo tanto bastante pretencioso querer solucionar el conjunto de los problemas de una sociedad periférica mediante un "buen modelo" de desarrollo. Resulta obvio que los problemas de crecimiento excesivo del Estado y de la burocracia tienen que ver más bien con el desarrollo concreto de la dinámica política. Se puede responsabilizar, en un sentido estricto, a las teorías del desarrollo sólo de lo que se manifiesta en el plano económico. En otras palabras, el análisis económico del desarrollo no podría substituir al análisis político y sociológico del estatismo y de la burocratización, aunque uno y otro deberían hacerse integralmente.

Se podría decir que en varias sociedades del Tercer Mundo, donde el acoplamiento de formas de poder y modelos económicos se confirman, estos modelos son a menudo manipulables, y efectivamente instrumentalizados, por las formas burocráticas de poder. Sin embargo, es necesario recordar la debilidad fundamental de una hipótesis que intenta culpar a las teorías del desarrollo, en bloque, de los excesos y distorsiones políticas. No se puede resaltar a la vez el fracaso de estas teorías y su responsabilidad funcional en la burocratización de las sociedades respectivas. De hecho, se les podría hacer responsables si hubiesen tenido éxito en las líneas de desarrollo que preconizan. En este caso la burocratización hubiese sido como el precio a pagar por el desarrollo. Ahora bien, en el caso analizado las distorsiones políticas se presentan dentro del fracaso económico.

Se trata aparentemente de dos enfoques que, por muy ligados que pudiesen estar, no pueden ser substituidos entre sí. Ikonicoff nos recuerda con razón que en varios países con economía planificada las consideraciones de orden político se imponen sobre la lógica de la racionalidad económica. Pero esta constatación no nos autoriza a argumentar contra la planificación, el sector público de la economía o los modelos de desarrollo en general. Las malversaciones, las exacciones, los desvíos de fondos pueden producirse en todos los casos posibles e imaginables puesto que los motivos ideológicos para hacerlos existen tanto en el sector público como en el privado, bajo cualquier modelo de desarrollo y aun en ausencia de todo modelo. Las desviaciones económicas, políticas, ideológicas, individuales o colectivas, bloquean a menudo el buen funcionamiento de los aparatos de estado y modelos organizacionales.

La causa de los comportamientos inflacionarios de las empresas tercermundistas no debe buscarse ni en la saturación de mercados ni en la industrialización, sino en la débil competitividad de sus productos industriales.

Sin embargo, del mismo modo que el atribuir estas desviaciones al enriquecimiento previo de la sociedad nos haría avanzar en el examen práctico del problema, sería también muy difícil que las causas de los bloqueos de tipo burocrático sean las flaquezas en el orden económico. Es decir, que la situación de los países del Tercer Mundo, citados por Ikonnicoff, donde la política en sí misma reviste formas patológicas de estatismo y burocratismo, no depende de los modelos económicos aplicados. Por consiguiente, la naturaleza del fenómeno burocrático debería buscarse más en las condiciones que determinan los sistemas políticos y no tanto en los modelos económicos. En último análisis estos simplemente se adaptan a la estructura de poder pre-existente. Si la economía estuviese al servicio del poder burocrático, no se trataría más que de una realidad sometida y ciertamente no de una pista de explicación.

VIII. Industrialización e inflación

¿Qué relación podría establecerse entre industrialización e inflación en la experiencia reciente de los países del Tercer Mundo? Según Ikonnicoff, la inflación aparece como una inevitable consecuencia de los sistemas proteccionistas aplicados en esos países para asegurar la supervivencia de sus industrias, en un mundo ya saturado de las mismas. Esta es una explicación fundamentalmente justa pero evidentemente demasiado lapidaria. Las industrias tercermundistas, explica ese autor, producen caro por carencia de condiciones favorables de producción, falta de infraestructura y de mercados. Frente a esas adversidades, el concluye, los Estados ya sea les aseguran los mercados nacionales mediante la elevación artificial de los precios de los artículos importados o imponen a los industriales domésticos precios administrados inferiores a los costos de producción. Esto a su vez produce transferencias de riquezas de otros sectores de la economía con el fin de financiar los déficits generados en la gestión industrial. Por consiguiente, las industrias del Tercer Mundo funcionan, en todos los casos, a *costa de la sociedad*: a veces a causa de la inflación derivada del proteccionismo, otras veces por las exacción sistemática de una parte del excedente social.

Esto parecería resucitar las polémicas alemanas de 1840 sobre las proposiciones de F. List y de la Escuela histórica alemana sobre la economía nacional y la industrialización. Podríamos creer también que ésto sería relanzar, con un siglo de atraso, el debate inglés sobre la protección del consumidor: los socialistas británicos han defendido varias veces las grandes empresas contra las pequeñas porque esto convendría mejor a los intereses de los consumidores. ¡Es lamentable volver a encontrar estos viejos debates en los vientos que corren en los años 80!

Sin embargo, se podría objetar de manera igualmente lapidaria si la industrialización es apoyada en detrimento del consumo y de la sociedad, esto no constituye una consecuencia ignorada sino al contrario reconocida *por definición*. En efecto, la contribución de la sociedad al proceso de industrialización fue siempre considerada como una realidad

necesaria, aunque provisoria, que debería durar sólo el tiempo de las "jóvenes industrias".¹⁵ Es evidente que si lo provisorio se eterniza se trataría entonces un problema de gestión y en ningún caso de principios ni de modelos.

Por otra parte, si la exigüedad de los mercados determina comportamientos inflacionarios "perversos" de las empresas —o que sucede a menudo, hay que reconocerlo— la causa no debería buscarse ni en la saturación de los mercados ni tampoco en la industrialización en sí misma. Al contrario, sería más pertinente buscar la causa en el débil grado de *competitividad* de los productos industriales del Tercer Mundo. Esto lleva de nuevo a afirmar la necesidad absoluta de considerar las normas internacionales de competencia, incluyendo también los productos destinados al mercado interno, e igualmente para aquéllos cuya producción es apoyada de diversas maneras, directa o indirectamente, por el Estado.

Así como la mala gestión no se puede atribuir a un modelo específico de desarrollo, así también, la construcción de industria por el Estado, o por agentes privados bajo protección del Estado, que toma como pretexto su orientación al mercado interno, para no tomar en cuenta las normas internacionales de competencia, plantea una cuestión crucial a los modelos. En efecto, la economía mundial en la cual se insertan exige imperiosamente el respeto de las normas internacionales tanto en la definición de las líneas de acumulación interna como del punto de vista de la competencia internacional. La inflación, en estas circunstancias, guardará siempre un carácter "estructural" para modelos de desarrollo que no comprenden lo vano e incierto de fiarse demasiado en la distinción entre mercado interno y externo; los productos no competitivos en el mercado internacional encontrarán tarde o temprano problemas insolubles. . . y también en el mercado interno. Ikonicoff tiene razón al aclarar estas cuestiones.

Sin embargo, el mismo autor, cuando aborda la inflación ejemplificada en casos precisos, es capaz de alejarse tanto de la concepción estructuralista como de su grado excesivo de abstracción. Periodiza su enfoque, diferenciándolo en función de estadios, etapas y tendencias derivados de la economía mundial. De esta manera, los resultados son claramente más ricos, dinámicos e interesantes. En un artículo reciente¹⁶, Ikonicoff propone, intuitivamente, la distinción entre las formas de *hiperinflación* aparecidas en Sudamérica después de 1973 y aquellas de inflación simple de antes de 1973 y ésto con el fin de analizar la experiencia reciente de los países del Tercer Mundo con ingreso elevado. De hecho, Celso Furtado había ya demostrado que la inflación antes de 1973, aunque fuese algo crónico, era con todo relativamente débil y constituía sin duda un aspecto necesario y positivo de la fase precedente de crecimiento regular de las economías latinoamericanas.¹⁷ Ahora bien, a partir del período 1973-75, al mismo tiempo que el PIB de esos países se estanca y disminuye, aparecen nuevas e inéditas formas de hiperinflación cuyos

¹⁵ cf M. Bronfenbrenner, *The High Cost of Economic Development*, in *Land Economics*, May 1963; cf également E. Wilson; *The Price of Economic Growth*, in *Economic Journal*, Décembre 1963.

¹⁶ M. Ikonicoff. "Une politique économique alternative pour le Tiers Monde? Les leçons du Plan Austral et du Plan Cruzado", *Revue Tiers Monde*, nov. 1986.

¹⁷ C. Furtado, *Non à la récession = Non au chômage*, *Anthropos*, Paris, 1983.



efectos históricos pueden resumirse en el aniquilamiento en primer lugar de los sistemas monetarios nacionales y de sus sistemas productivos en segundo lugar.

Si la primera forma de inflación, derivada del crecimiento, fue en el pasado calificada en América Latina de "estructural, la segunda, es decir la hiper-inflación, sin duda es de un carácter bien distinto: ligado a la fase actual de estancamiento del PIB, está más bien determinada por la irrupción brutal de las nuevas políticas económicas de corto plazo, llamadas de "ajuste", y por la mutaciones actuales en los sistemas productivos y financieros. Es en efecto, a partir de esa época que se manifiestan abiertamente los procesos de mundialización sin precedente de las formas monetarias y financieras y que el capital financiero internacional se presenta como definitivamente autonomizado de los controles de los estados y de los sistemas productivos mundiales.¹⁸ Las políticas de control de la masa monetaria y las otras medidas de acompañamiento han tenido en América Latina efectos a menudo contrarios de los buscados formalmente por las políticas de inspiración monetaria.¹⁹ En efecto, según la teoría cuantitativa de la moneda, que por lo demás acompaña de manera indisoluble cualquier rebrote de "rigorismo" en la historia, las variaciones de la masa monetaria determinan en definitiva los precios a través de la modificación de la demanda. Ahora bien, esta relación, de un simplismo desconcertante, supone de manera axiomática que el precio de las mercancías está unilateralmente determinado por la demanda. Sin embargo, la realidad económica del sistema capitalista es infinitamente más compleja: la moneda o es un simple operador de intercambios pues constituye de por sí una mercancía con sus especificidades. Es evidente que la concepción del precio como una función de la demanda no podría en ningún caso ser considerada, mientras no se haya propuesto una sólida teoría monetaria.

¹⁸ P. Drucker. "The changed world economy", *Foreign Affairs*, Spring, 1986.

¹⁹ La relación orgánica entre políticas de ajuste y el súbito empuje inflacionario es igualmente examinado en tres países de Europa: España, Grecia y Portugal. K. Vergopoulos, "L'Europe Du Sud: une normalisation problématique" en *our une définition de nouveaux rapports Nord/Sud*, Publisud, Paris, 1986.

Las políticas de control monetario han determinado: estancamiento del PIB, inflación, déficits públicos y privados, endeudamiento externo y un conjunto de problemas que definen la economía de los 80.

Por otra parte, si se admite que la moneda constituye por sí misma una mercancía, se admitirá asimismo —con Keynes— la existencia de un mercado específico de medios monetarios y financieros. Si es así, es igualmente evidente que el dinero tendrá siempre un precio específico. La originalidad de este precio reside en el hecho siguiente: el valor de la moneda, aunque se refleje en el precio de otras mercancías, se haya con todo determinado por las con-

diciones de los mercados financieros y monetarios. Estos últimos, a su vez, porque están profundamente expuestos a las fluctuaciones financieras internacionales, parecen ser autónoma e incomparablemente más dinámicos que los mercados de otras mercancías. La tasa de interés, en cuanto precio específico del dinero, que es determinado por el mercado monetario, define sin embargo las condiciones financieras de la producción.

Los monetaristas quieren reducir las consecuencias de la variación de la masa monetaria a los solos efectos sobre la demanda de mercancías. Sin embargo, sabemos que el costo del dinero determina el costo de la producción de mercancías. La concepción "ortodoxa" y monetarista del dinero refiere necesariamente al universo de los intercambios simples en donde la noción de empresa productiva se encuentra curiosamente ausente. De hecho, antes que las variaciones de la masa monetaria tengan efecto sobre la demanda final, lo tienen sobre las condiciones financieras de la producción. Las políticas de control de la masa monetaria provocan la revalorización de los activos monetarios y financieros que se traduce, en primer lugar, en el deterioro financiero de las industrias. El alza del costo del dinero conduce a un alza de los costos de producción en general, al mismo tiempo que a una contracción de la demanda y del mercado. En otras palabras, para una estructura determinada de oferta, la reducción de la masa monetaria, en vez de comprimir los precios como efecto de la supuesta contracción de la demanda, puede al contrario dar lugar a un nuevo estallido de los precios, provocado por el encarecimiento brutal de los costos financieros de las empresas.

Las conclusiones prácticas a las que podríamos llegar a partir de las proposiciones de Ikonicoff son particularmente interesantes: la hiperinflación de los precios en América Latina en la mitad de los años 70, estuvo simplemente ligada a la puesta en marcha de programas llamados de ajuste, de inspiración monetarista, que buscaban de hecho el control financiero, mediante la revalorización de los activos financieros. Estos desembocaron en la crisis y en la descomposición de los sistemas monetarios y productivos.

La revalorización brutal, a escala internacional, a partir de 1973-75, de los activos monetarios y financieros dió lugar a la rigidización de los sistemas monetarios nacionales. Esto llevaría, bastante rápidamente, incluso hasta la "dolarización" de estos sistemas.²⁰ Esta rigidez mone-

²⁰ P. Salama, "Dollarisation et hétérodoxie en Amérique Latine", *Revue Tiers Monde*, enero-feb. 1987.

taria y financiera llevó por su parte al estancamiento de la producción debido a la intensificación sin precedente de las "desinversiones" y a la aparición de la hiper-inflación. Esta evolución de los precios no ha reflejado la evolución de la demanda —que por cierto cayó— pero ha seguido, por lo menos al principio, aquella de las condiciones financieras de la producción. Luego, la hiper-inflación hizo subir los precios más allá de cualquier referente real, lo que marca el tránsito entre los precios simples de las mercancías a los precios financieros.

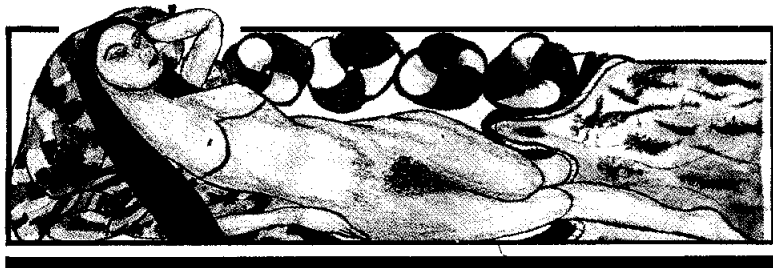
Está claro que en la visión corriente, apoyada por evidencias e ideologías para los medios de masa, el problema de la industrialización del Tercer Mundo estaría al origen de recientes olas inflacionarias. Se fustiga entonces, con razón o sin razón, al proteccionismo, al estatismo, a las políticas de industrialización, de crecimiento y de desarrollo. Todos los fracasos relativos son atribuibles así al carácter artificial y prematuro de las políticas industrialistas y a ese título se las percibe como la "verdadera" causa de las tendencias inflacionistas crónicas en el Tercer Mundo. Sin embargo, según el nuevo enfoque que acabamos de examinar, el fracaso de la industrialización no es la causa sino más bien la consecuencia de la irrupción de las nuevas políticas restrictivas en el campo financiero, monetario y en el de las inversiones en general. De hecho, las políticas de control monetario han determinado el estancamiento del PIB, los rebotes inflacionarios en los precios, los déficits en los sectores públicos y privados, el endeudamiento externo, y, en general, un conjunto de nuevos problemas que definen la problemática económica de los años 80. Es verdad que las teorías del desarrollo se encuentran actualmente en una situación inesperada de desconcierto pero sería igualmente necesario señalar este aspecto paradójico: estas teorías aparecen hoy como sobrepasadas por los hechos pero sin haber sido jamás refutadas.

Los fundamentos del enfoque heterodoxo de la inflación de América latina y sus relaciones con las políticas industriales y monetaristas aparecen implícita o explícitamente en los análisis de Ikonicoff. Es con todo lamentable que en sus textos más recientes no hace más que tomar los viejos análisis en vez de avanzar sobre las pistas originales que él, junto con otros, había abierto.

IX. ¿Existen industrias motrices?

Durante mucho tiempo la mayoría de las teorías de desarrollo han considerado la ausencia o la debilidad del sector productor de bienes de capital como una característica crucial de la situación de subdesarrollo. De Raúl Prebisch a Theotonio dos Santos, había acuerdo sobre la estrategia múltiple del sector I de la producción. Desde M. Kalecki, R. Nurkse y la CEPAL hasta A. Hirschman, F. Perroux y G. Destanne de Bernits, los teóricos del desarrollo reconocían los beneficios múltiples que asegura la estrategia de creación de sectores I en el seno de la economía nacional: maximización de los efectos de arrastre y de multiplicación, facilidades materiales que permiten construir las conexiones "hacia arriba" y "hacia abajo" de la industria y crecimiento del valor agregado neto.

Sin embargo, Ikonicoff no necesita poner en cuestión esta vieja verdad "sacrosanta" de la mayoría de los esquemas de desarrollo. Es evi-



dente que aquí no es problema la "profanación" que se habría hecho de esta verdad sino al contrario, lo que importa es la precisión y los términos de la argumentación.

A primera vista Ikonicoff parte en guerra principalmente contra el modelo de los "polos de crecimiento" de François Perroux y contra la dinámica de las "industrias industrializantes" de Gérard de Bernis. Se encarniza en cargarle a las industrias creadas en el marco de esos modelos todos los males de la humanidad y de la historia:

a) la voluntad de crear un núcleo industrial endógeno implica más sacrificios que beneficios;

b) estas industrias, desventajadas desde su comienzo, engendran inflación, gastan el excedente social y, por consiguiente, el problema del desarrollo hubiese sido menos complicado que si éstas nunca hubiesen existido;

c) el endeudamiento externo se debe precisamente a la persistencia de este tipo de estructuras industriales que, por definición, son orgánicamente deficientes;

d) la creación de industrias pesadas exigen grandes inversiones en capital y en medios de gestión y justifican de hecho la participación directa del Estado en el proceso productivo. Por lo mismo el fracaso de la industrialización pesada se encuentra ligada a la ineficacia de los sectores públicos; lógica del poder contra lógica de la producción; rigidez de los sistemas de decisión, falta de adaptabilidad a las cambiantes condiciones externas;

e) la industrialización pesada en manos del Estado maximiza los riesgos de fracaso porque no existe ningún sistema de referencia que permita detectar con precisión las etapas necesarias a recorrer por esta industrialización;

f) los pretendidos efectos de arrastre de los núcleos industriales endógenos son de hecho tan peligrosos como inexistentes. Ningún efecto de arrastre se ha presentado jamás en torno de los núcleos de industrias pesadas. En India, donde se ha aplicado esta estrategia, la economía se encuentra bloqueada como consecuencia de que debe mantener un sector inacabado en el interior del país;

La argumentación de Ikonicoff es extremadamente rica y densa pero al mismo tiempo desordenada y sin la concisión requerida. La prolijidad de su estilo hace necesario un trabajo de clarificación. No se percibe claramente cuál es la línea principal del argumento ni tampoco su objeto esencial: ¿la capacidad industrializante de ciertas industrias? ¿el supuesto carácter estacionario de las industrias de bienes de capital? ¿la naturaleza pública o semi-pública de las mismas, o, quizás, la industria en general porque pertenecería según este análisis a un orden tecnoló-

El punto débil de las proposiciones de CEPAL y otras, está en su "negligencia fatal" por no considerar la norma internacional de acumulación y competitividad en la elaboración de sus programas de industrialización.

gico ya obsoleto? Hay elementos para tomar en serio todas estas hipótesis y los textos en cuestión se prestan para eso. Sin embargo, hay que reconocer el análisis más explícito en ciertos pasajes. Por ejemplo, cuando se refiere a Corea del Sur el "único ejemplo de industrialización exitosa" reconocida por él, nos invita a examinar los efectos de arrastre que se manifiestan en las industrias ligeras de bienes de consumo (textil, confección). En defini-

tiva, parecería que Ikonicoff acepta también la idea de *actividades industriales motrices* cuyo dinamismo permitiría remontar "hacia atrás" (hacia las industrias de insumos y bienes de capital) para estructurar el conjunto de la economía nacional. De hecho, su objeción se limitaría entonces a cuestionar el "pretendido dinamismo" de las industrias de bienes de capital, consideradas tradicionalmente como particularmente industrializantes.

Ahora bien, no hay ningún criterio económico pre-establecido que permita distinguir *a priori* las industrias dinámicas, es decir que comportan efectos de arrastre seguros y ciertos.²¹ La no competitividad que impide la rentabilidad de las empresas no es un privilegio de las industrias industrializantes, ni de aquellas productoras en general de bienes de capital. El conjunto de industrias de todos los sectores, y también las del sector privado, pueden encontrarse deficientes en comparación a las normas de la competencia internacional. Como lo hemos ya dicho, lo propio de los modelos de desarrollo, hasta recientemente, era definir las líneas nacionales e acumulación de capital. Esto, como si el país no participase en el sistema mundial de división de la producción y como si la capacidad de importar bienes y tecnología necesarios para la acumulación interna no dependiera de la competitividad internacional de los productos nacionales. Esta doble negligencia es ampliamente suficiente para explicar la patología del conjunto de las empresas industriales (públicas y privadas, de bienes de capital y de consumo, industrializantes o no) en los países periféricos. Las proposiciones de la CEPAL, de Fernando Fajnzylber o de Pedro Vuskovic y otras, pueden ser criticadas pero no ciertamente porque ponen el acento sobre una u otra línea de acumulación específica. El punto débil de estas concepciones está en su "negligencia fatal" por no considerar la norma internacional de acumulación y de competitividad en la elaboración de sus programas de industrialización.

En ese sentido conviene caer en la cuenta que la diferencia entre el "ejemplo exitoso" de la Corea del Sur y los otros países en desarrollo no es siquiera la que existe entre el textil-confección de un lado y la industria de bienes de capital del otro. La sola diferencia reside en que el primer país tomó en cuenta desde el principio las normas mundiales de producción. Desde 1960 el Estado coreano impone de manera forzada a las empresas producir para la exportación.²² Aun ahí el elemento

²¹ No hay duda que pueden existir criterios *tecnológicos* que permitan distinguir las técnicas dinámicas de las otras. Sin embargo, aún en ese caso, el elemento determinante es el de marco económico y social dado.

²² En Brasil las filiales extranjeras están obligadas a exportar su producción

crucial no es tanto la mera orientación exportadora sino más bien la interiorización de la norma internacional de la competitividad. En otras palabras, si se tomase en serio esta norma y se aplicase, el resultado hubiera podido ser igualmente exitoso, ya fuese en la competencia del mercado interno o en la ausencia de toda imposición de exportar; en ese caso hipotético la exportación tendría éxito aún sin imposición.

En suma, a pesar del debate iniciado sobre las industrias industrializantes, no se puede negar seriamente la hipótesis teórica según la cual la industria se difunde por racimos y en base a efectos de arrastre. Por lo demás esta hipótesis está situada en las antipodas de aquella que preconizaba la industrialización "en orden", respetando los efectos de complementariedad y siguiendo un despliegue "equilibrado" en el conjunto de los sectores. El mérito de las teorías de crecimiento mediante el desequilibrio fue de haber expresado mejor la realidad en el sentido dinámico.

Por supuesto que queda abierta la cuestión sobre cuáles son las industrias que pueden tener un efecto en el plano dinámico y en qué forma y con qué estilo habría que desarrollarlas. Por el instante hay constancia que la capacidad industrializante está ligada a implantaciones industriales durables, efectuadas conforme a la división internacional de la producción y a las normas mundiales de competitividad.

Notemos sobre esto que los debates de moda sobre las "privatizaciones" no tienen más que un interés secundario. Si el Estado es capaz de respetar las exigencias del mercado mundial en la constitución y funcionamiento de las empresas, el hecho de que sean privadas o públicas tendría sólo un significado metafísico. Recordemos que en el Tercer Mundo abundan casos de empresas privadas que cuestan a la sociedad más de lo que sería si éstas fuesen empresas públicas. Recordemos también que el sector público, en las sociedades del Tercer Mundo, no se ha desarrollado jamás en forma competitiva con respecto al sector privado. Por lo demás, el lento desarrollo de la presencia económica del Estado se ha debido a la bien conocida falta de disponibilidad tanto de empresarios como de capitales.

Por otro lado, no es necesario recordar aquí que el bloqueo actual de la industrialización en el Tercer Mundo no es un hecho específico de los sectores público industriales. El viraje recesivo de las políticas económicas, impuesto por la estructura mundializada del capital financiero, hace aparecer como insolvente no sólo las economías nacionales en su conjunto, las finanzas públicas, las empresas públicas, sino también los sectores privados de las economías. En la última década, definida precisamente por el cariz recesivo de las políticas y por la profundización continuada de la recesión internacional, se han conocido muchos casos de empresas privadas "en dificultad".

Por consiguiente, por muy conformes que esten las privatizaciones con la ola ideológica actual, estas no tienen posibilidades reales de éxito en los países del Tercer Mundo con debilidades en su tejido industrial

mientras que en Corea no sólo algunas empresas sino sectores completos están obligados a hacerlo. En ciertos otros países hay acuerdos por lo que las transnacionales obtienen acceso al mercado interno con tal de exportar una parte de su producción. Sin embargo, en este caso se visualiza el problema desde la óptica macro-económica de los Estados en búsqueda de divisas y de ninguna manera bajo el ángulo de la constitución de industrias competitivas en una óptica empresarial.

nacional. Recordemos que la recesión actual está definida precisamente por el retiro de capitales de la esfera productiva hacia las esferas financieras y especulativas. En estas condiciones sería bastante ilusorio imaginar que los capitales retornarían a la industria para satisfacer nuevos contratos de privatización.

La deuda actual no es el resultado de un endeudamiento de gestión sino del cambio operado en el cuadro de referencia de la economía mundial.

Concluamos por lo tanto con Ikonicoff que actualmente ya no hay más actores privilegiados del desarrollo, y al mismo tiempo que su insistencia en la necesidad de racionalización —vía la privatización— es inexplicable, salvo por razones metafísicas. Por consiguiente el verdadero problema no es la forma jurídica de la empresa sino más bien cómo definir con precisión tanto las formas de acumulación dentro de la integración internacional como los efectos multiplicadores y de arrastre en el interior de la economía nacional y las condiciones de maximización del valor agregado en la misma. El papel del Estado en este dominio no sólo es indispensable, porque completa las discontinuidades en el tejido civil, sino es, sobre todo, irremplazable porque puede establecer las condiciones de funcionamiento para que las empresas privadas sean rentables. Sin eso éstas desaparecerían.

Una última observación sobre el argumento, una vez más estereotipado y difundido masivamente, de que las empresas públicas habrían contribuido a la agravación de las condiciones del endeudamiento externo, porque serían administradas en forma "irresponsable". No hay que olvidar al respecto que el recurso creciente de los países del Tercer Mundo al endeudamiento no fue determinado por resultados derivados de una mala gestión, ni tampoco por una crisis anterior de los sistemas productivos. Al contrario, el endeudamiento fue impuesto a esos países como la única vía de financiamiento en momentos del viraje monetarista de la segunda mitad de los años 70 y durante los años 80. La revalorización de los activos efectuada por los grandes países financieros obligó a los países del Tercer Mundo a defender su equilibrio financiero y monetario. Esto llevó al desquiciamiento del proceso de formación interna de capital al mismo tiempo que se producían alzas sin precedentes en el sistema nacional de precios. En estas condiciones el endeudamiento externo pudo parecer como un *Deus ex machina*: permitía impedir la rigidización total de las liquideces internas sin poner con todo en causa las políticas de equilibrio financiero. Sin embargo, a partir de 1982 se produce un cambio en los flujos financieros internacionales, a raíz del paso a tasas de interés reales de signo positivo; ésto expone a los países endeudados al peligro de una insolvencia inmediata. La deuda externa aparece entonces como un mecanismo adicional, y particularmente eficaz, para imponer políticas recesivas a la escala mundial, lo que agrava desde entonces la recesión mundial.

Dado lo anterior, sería particularmente fastidioso limitar el conjunto de problemas recientemente enfrentados por la economía mundial, al esquema ideológico estéril e inexacto del "Estado = despilfarro". En primer lugar, porque la deuda actual no es el resultado de un endeudamiento de gestión sino del cambio operado en el cuadro de referencia de la economía mundial. Enseguida, porque una gran parte del mismo se dedica a reembolsar la deuda anteriormente contraída. Es decir que este funda ya un mecanismo de autoreproducción. Finalmente, porque el endeudamiento de las empresas privadas no es despreciable. En paí-

ses como Argentina y Brasil la deuda de estas, contraída sobre todo con bancos norteamericanos, alcanza hasta un 25% de la deuda total, pública y privada. Por consiguiente, el fenómeno del endeudamiento no tiene una relación privilegiada ni con el Estado ni tampoco con empresas públicas. Se presenta más bien como un *endeudamiento de función* que no podrá ser de ninguna manera sorteado mediante sacrificios rituales en altares mediáticos a la moda.

X. Corea del Sur: ¿ortodoxia o heterodoxia?

Los Nuevos Países Industriales del Asia del Pacífico, con Corea a la cabeza obtuvieron en 1986 un excedente de 30.3 miles de millones de dólares en su comercio con E.U.A.

En los debates actuales se cita en general la economía de Corea del Sur como algo ejemplar: su reciente crecimiento le permite situarse en términos más cerca del "realismo" que predomina después del desplome de las teorías y modelos anteriores. Sin embargo, conviene indagar

cuáles son las características y límites de esta ejemplariedad, qué es lo inédito en la experiencia coreana y en qué proposiciones teóricas podría ésta formalizarse.

En la mitología de nuestro tiempo que, por definición, no cesa de proclamar el fin de todos los mitos, la Corea del Sur aparece como un nuevo y muy particular "buen salvaje" que asimila la lección de Occidente para sobrepasarlo un día. Ikonicoff está también de acuerdo sobre el interés que presenta la vía coreana. Sin embargo, deslumbrado por las referencias al nuevo capitalismo del Pacífico y también por los efectos eufóricos de las mutaciones tecnológicas en curso, él se apresura a acordarle generosamente el título de "vía heterodoxa" a la experiencia sudcoreana.

Evidentemente, si en este caso la heterodoxia se verificase, ésta debería ser entendida en un sentido de contraste con las teorías cepalinas y aquéllas del desarrollo autónomo. De hecho, si hubiese heterodoxia ésto no se podría producir sino volviendo a la ortodoxia económica de las escuelas clásicas y neo-clásicas. La herejía coreana no sería entonces nada más que la restauración del dogma clásico en las condiciones especiales de las economías periféricas. Es por eso sin duda que el modelo coreano es el ejemplo preferido de los teóricos liberales y neo-liberales. Pese a eso, la apreciación de Ikonicoff no es definitiva porque está en evolución. En efecto, en su texto sobre los proyectos de desarrollo presenta una posición ya más sofisticada: la Corea, después de un inicio industrial ampliamente heterodoxo, se habría ulteriormente conformado en toda la línea con los modelos "ortodoxos" de desarrollo.

Esto último podría ser otra vez un juego de palabras que contribuye, más que a clarificar, a oscurecer el objeto de estudio. Respecto al problema de fondo, es seguro que el despegue reciente del crecimiento se ha hecho dentro de un régimen autoritario, definido económicamente por un Estado hiper-intervencionista e hiper-proteccionista. "Sin el Estado coreano la economía no hubiera nunca despegado" concluía una revista que sigue de cerca la evolución de la economía coreana.²³ El

²³ *Far Eastern Economic Review*, 15 mayo 1981. Estudio de S. Hyun sobre la economía sudcoreana.

Sistema del General Park, dictador anticomunista —aunque no pareciera discípulo de R. Prebisch y de la CEPAL en lo económico— daba a menudo una imagen de *economía centralmente administrada* que permitía a la prensa norteamericana tratarla de “socialista”.²⁴ Sería particularmente difícil considerar el régimen de Park, que duró desde comienzos de los años 60 hasta su asesinato en 1979, como una experiencia heterodoxa. En su análisis, los economistas norteamericanos dan cuenta, al contrario, que la evolución del sistema económico sudcoreano fue en el sentido opuesto: el proteccionismo integral hacia el liberalismo selectivo o bien, lo que equivale a lo mismo, hacia el proteccionismo selectivo.

La economía política del régimen Park no contrastaba con las teorías del desarrollo hoy día puestas en duda por la crisis. El autoritarismo sudcoreano, apoyado en esto por la coyuntura mundial favorable al crecimiento económico, había logrado poner en práctica un conjunto de *políticas expansivas*, coordinadas por el Estado conforme a la versión japonesa del keynesianismo.²⁵ En el modelo coreano, el crecimiento está dirigido por la continua expansión hacia los mercados externos mientras que la formación del mercado interno no sigue los esquemas fordistas. La mantención del dispositivo protectionista no fue incompatible con la puesta en marcha de sectores económicos selectivos totalmente orientados al mercado mundial.

El éxito del modelo japonés en las exportaciones muestra que la protección aduanera no constituye sino un aspecto secundario de las ventajas que el estado pone a disposición de las empresas exportadoras. Lo mismo sucede en Corea y en el conjunto de los Nuevos Países Industriales (NPI) del Asia del Pacífico. El Estado interviene *fuertemente “hacia atrás”* de las ramas industriales (bienes de capital e insumos) para asegurar condiciones de competitividad internacional a las empresas exportadoras. Los programas de inversiones son seleccionados por el Estado en función de las estrategias que buscan la promoción de ciertos sectores y profundización de ciertas líneas industriales y tecnológicas. Sería entonces inexacto suponer, ya sea que la industrialización es abandonada como objetivo o que complementar las líneas industriales ha cesado de constituir para los coreanos un objeto principal de preocupación. El Estado coreano está tan presente en la economía —aún después de la recomposición liberal de 1980 y de la desaparición del general Park— que por un lado sanciona los precios injustificados y por el otro define regularmente los márgenes de beneficio de las empresas.

²⁴ El término “socialista” apunta al exceso de *estatismo* en la economía. *Wall Street Journal*. 20 dic. 1985.

²⁵ Sobre la distinción entre keynesianismo de la inversión a la japonesa y el de la demanda a la norteamericana ver M. Felner, “Le recul du keynésianisme”, *Commentaire* No. 23, nov. 1983.



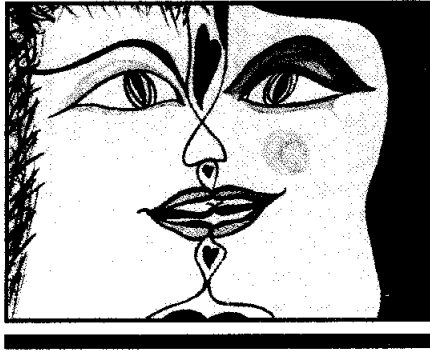
La profundización de la recesión mundial en 1979-80 hubiera debido poner fin en principio al régimen de altas tasas de crecimiento de Corea. El asesinato del General Park hubiera debido simbolizar precisamente la difícil transición hacia un régimen a la vez más democrático y de crecimiento lento o nulo. La apertura democrática habría permitido compartir el costo social de la recesión. Las protestas estudiantiles y los disturbios sociales que siguieron durante el período 1980-82 revelaron los límites y la fragilidad del "milagro coreano". Sin embargo, una condición inesperada trastocó todos los cálculos y previsiones: la recuperación de la economía norteamericana a partir de la segunda mitad de 1982. La economía coreana pudo salir, inopinadamente, del marasmo que se anunciaba debido a la reactivación de la economía de Estados Unidos. La expansión súbita del mercado de ese país permitió a Corea recuperar su propio crecimiento a través de sus exportaciones.

No es posible negar el papel clave que tuvieron las exportaciones en la reactivación: el coeficiente del comercio exterior total, a saber, las exportaciones más las importaciones, representa un 74% del PIB de ese país. Así también, un 85% de la producción industrial coreana está destinada a las exportaciones. Entre 1980 y 1986, las exportaciones doblaron en valor: de 17.5 miles de millones de dólares pasaron a 36. No es necesario recordar que este desempeño sería absolutamente inimaginable si no hubiera sido por la recuperación reaganiana de la economía norteamericana. Del mismo modo, que Japón realiza su principal excedente comercial en el intercambio con Estados Unidos, los NPI, con Corea a la cabeza, obtienen en 1986 un excedente de 30.3 miles de millones en su comercio con Estados Unidos; Corea del Sur que tenía una balanza comercial deficitaria en 1980, logra ella sola 7.5 mil millones de dólares de ese excedente. En el período 1976-1986 el PIB coreano creció con una tasa media de 7.2% por año mientras que sus exportaciones en volumen se incrementaron en 13.5% promedio por año.²⁶ La importancia de su sector exportador es fundamental e incontestable. El papel decisivo del Estado en el desarrollo del sector exportador es igualmente reconocido sobre todo en lo que toca a las ventajas de naturaleza financiera otorgadas al mismo. Estas no hubieran sido posibles sin la centralización excesiva, bajo control estatal, del sector financiero coreano.²⁷

En esas condiciones no se ve bien en qué podría consistir el carácter eventualmente "heterodoxo" del modelo coreano. Allí ha funcionado un modelo de *keynesianismo autoritario*, proteccionista y orientado hacia las exportaciones y abandonando el desarrollo del mercado interno. El Estado, a través de sus impulsiones sistemáticas, alentó la creación de sectores exportadores con *competitividad elevada*. Esta estaba con todo condicionada, entre otros factores, por el no-desarrollo del mercado interno. La asimilación del progreso tecnológico se basó principalmente en las transferencias de tecnología desde Japón, con el cual Corea ha registrado sistemáticamente un *déficit* comercial del mismo orden del excedente obtenido de Estados Unidos.

²⁶ "The Asian NICs and US Trade" in *World Financial Markets*, enero 87.

²⁷ M. Lanzarotti, "L'industrialisation en Corée du Sud: une analyse en sections productives" en *Revue Tiers Monde* No. 107, jul.-sept., 1986.



Por consiguiente el modelo coreano está bien *flechado* en el tiempo y bien *circunscrito* tanto geográfica como coyunturalmente en relación a la forma general y a los avatares circunstanciales de la actual recesión mundial. En otras palabras, porque está fundado exclusivamente en la perspectiva de un crecimiento homotético por la vía de la expansión de los mercados internacionales, se encontrará manifiestamente en problemas en el momento en que ese crecimiento mundial se aminore. Más aún, el éxito del crecimiento fundado en las exportaciones, a pesar de su naturaleza circunstancial y frágil, ha retardado siempre la toma de medidas necesarias para el ajuste estructural y la modernización de las condiciones sociales y económicas de la producción. Este retardo se manifiesta hoy en un número de *rigideces* que enfrenta la economía coreana en su programa de adaptación. En efecto, está gravemente amenazada de *exceso crónico de capacidad industrial* muy difícil —mientras el motor de las exportaciones funcione— de acondicionar en vista de una mejor y más productiva asignación de recursos.²⁸

Es evidente que dadas esas condiciones y desde el punto de vista de la problemática de los modelos de desarrollo, la experiencia coreana sólo sería enriquecedora en dos o tres aspectos:

a) la consecuencia, en comparación con las improvisaciones, la coherencia frente a la retórica, la inteligencia y la estrategia en términos sectoriales, una serie de aspectos que no estaban forzosamente ausentes en las teorías y los modelos de desarrollo aunque éstos se hayan fiado más en los automatismos que en los sistemas de supervisión estrecha día a día;

b) la constitución de *sectores enteros* con orientación exportadora: el éxito de las exportaciones no estaba confiado al desempeño micro-económico de las empresas, pero resulta de un conjunto de elementos que funcionan bajo la coordinación del Estado;

c) la consideración del contexto de la economía mundial para definir las líneas de acumulación interna y los sectores exportadores como también las normas de referencia en términos de productividad y competitividad. Los niveles de competitividad alcanzados son así imputables al conjunto del sistema económico y social.

²⁸ Ver el análisis de G. Woodfield en *Fâr Eastern Economic Review*, 15/5/1981. El autor señala que el carácter "export-oriented" está en el origen de un buen número de distorsiones de las cuales los coreanos tienen conciencia, pero a la vez saben que no las pueden corregir mientras el mercado mundial continúe "tirando".

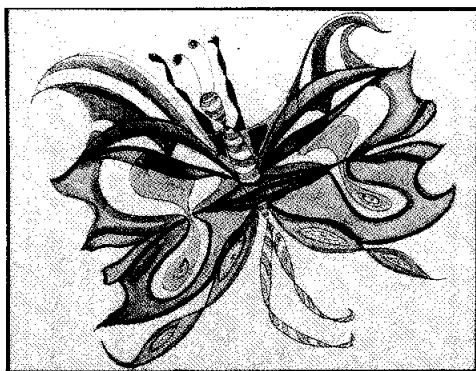
Habría que convenir entonces que, de manera general, la experiencia coreana no inaugura en lo esencial un modelo de desarrollo fundamentalmente diferente de los otros; ésta completa simplemente el antiguo en uno o dos aspectos que las teorías de desarrollo tenían tendencias a subestimar o que los modelos de aplicación no habían subrayado suficientemente. Por lo tanto, Corea no constituye ni un ejemplo de heterodoxia ni tampoco de ruptura con unas ni otros. Se inscribe más bien en la misma problemática fundamental pero es su éxito inesperado, en un Tercer Mundo estancado, que le da notoriedad. Sin embargo, este éxito no proviene de un nuevo modelo que haya seguido, y si no más bien de ciertas condiciones extraordinarias. Si estas condiciones se normalizaran, habría que examinar de nuevo la experiencia.

XI. Las nuevas tecnologías de punta

La demostración de la crisis de los modelos de desarrollo se acaba por vibrantes referencias a las nuevas tecnologías de punta y a la sociedad tecnológica del futuro. ¡Esto no podía faltar! No basta haber imputado el bloqueo industrial del Tercer mundo a la sustitución de la lógica productiva por una gestión política, ni tampoco de atribuirlo a la elección errónea, o a los mismos modelos de desarrollo, porque la vuelta actual a una gestión de tipo coyuntural consagrará la utilidad de toda teorización y modelización en general. La pasión anti-industrialista de Ikonicoff agrega ahora el *argumento tecnológico* como para dar el golpe de gracia a la agonía en que se encuentra cualquier programa de industrialización. Sin duda cualquiera se impresiona por la diversidad de argumentos utilizados para explicar la crisis de la industria del Tercer Mundo pero también porque, pese a su diversidad, no hay ninguno que se refiera a la recesión mundial que se prolonga ni tampoco al estudio de la economía en su conjunto. La tecnología es presentada como acreedora de una dinámica propia y *exógena* respecto a los sistemas económicos: ella emergería súbitamente, como un Dios milenarista, para castigar a los sistemas económicos hasta su descomposición pero recompensando sus elementos modernistas y aniquilando a aquéllos considerados retrógrados.

Sin embargo, resulta claro que el debate tecnológico actual se inscribe íntegramente en el marco de las mutaciones económicas y sociales más generales. En otras palabras, no es la evolución propia de la tecnología que engendra la crisis económica y social actual, sino son más bien la crisis y la reestructuración de las relaciones económicas que hacen posible las mutaciones tecnológicas en curso. La tecnología no produce nuevas relaciones sino que simplemente formaliza las relaciones que se constituyen en primer lugar en las relaciones económicas y sociales.

Por consiguiente, en el enfoque económico que explica la mutación tecnológica y no lo inverso y sería necesario abordar primero la crisis económica y luego el examen de las mutaciones tecnológicas. Si este camino no fuese recorrido, el concepto de "Tercera Revolución Industrial", sugerido sin razón por Ikonicoff, quedaría vacío de significación histórica. Es verdad que, como lo señala el mismo autor, la reestructuración actualmente en curso de un lugar central a la *revolución informática*. La biotecnología y la telemática no son más que simples capítulos en el gran cambio de las condiciones de la producción y de maestría de la información en el sentido productivo del término. Las implicaciones económicas de las mutaciones informáticas son evidentemente con-



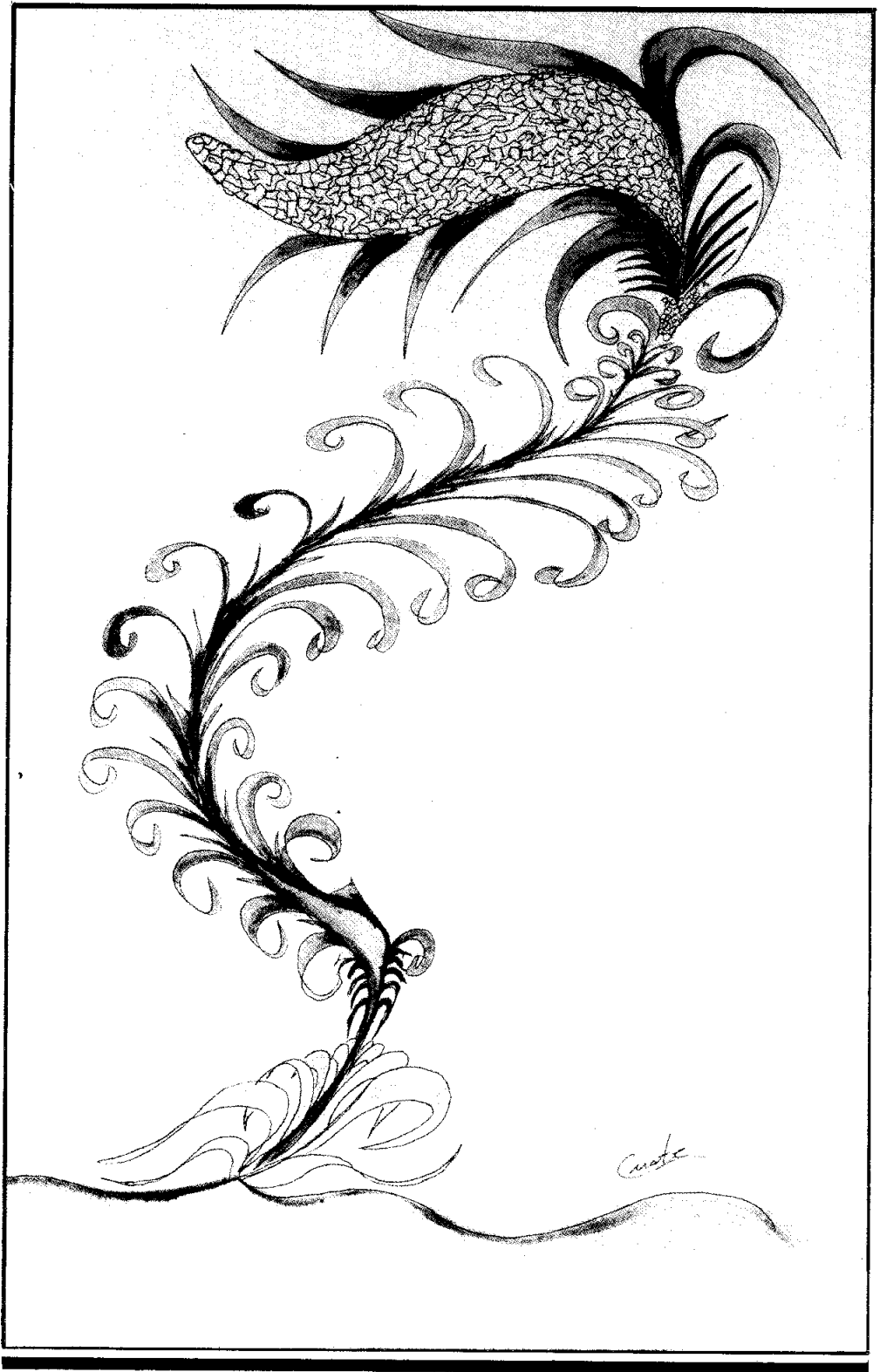
siderables puesto que el proceso mismo de producción se ve reconstruido sobre bases enteramente nuevas. A título de ejemplo puede citarse la internacionalización financiera sin precedentes que hubiera sido inimaginable sin la incorporación de la revolución informática. La hipótesis fundamental asegura que la difusión de la información debía provocar la desaparición de los monopolios. A partir de esta hipótesis se anuncia un formidable avance de los automatismos en el funcionamiento del sistema informático mundial, la pérdida de eficacia de todo sistema de control pre-establecido. Esto es, la entrada de la economía-mundo en una zona de turbulencias y de sorpresas de todo género.

No es nuestra intención poner aquí en duda la exactitud de estas apreciaciones. Aunque se admita como realista la previsión de un sistema mundial de información descentralizada y automatizada, quedaría siempre el problema de que la información se transforma también en mercancía. Si es así, los sistemas productivos de información deberían naturalmente evolucionar de la misma manera que los otros sectores de la producción. Ahora bien, en el contexto recesivo actual, que puede prolongarse, es claro que las políticas financieras restrictivas benefician sólo a las grandes empresas que pueden movilizar recursos de inversión; ésto es, sin pasar forzosamente por los financiamientos bancarios ni aún por los mercados de capital. Por consiguiente, mientras más rápidamente se difundan los nuevos procesos tecnológicos más se adentra su producción en el camino ineluctable de la concentración, es decir en el fortalecimiento de las estructuras de poder económico ya existentes: grandes empresas, firmas transnacionales y nuevos conglomerados.

Ocurre algo semejante con la evolución observada en el campo de la nueva biotecnología.²⁹ La abundancia de recursos financieros propios, de infraestructura y de investigación científica, consolida inevitablemente la posición dominante de las empresas que son ya líderes. En definitiva, la incorporación de las nuevas tecnologías no modifica ni la estructura del poder económico ni las condiciones de acceso de los países del Tercer Mundo a los mercados mundiales de las tecnologías y los medios de financiamientos.

Los importantes avances tecnológicos favorecen por cierto los arranques futuristas. Las nuevas visiones se expresan en nociones como glo-

²⁹ K. Vergopoulos, "L'impact des nouvelles technologies sur les industries alimentaires européennes", FAST, *Occasional Papers* No. 126, Commission de la CEE, dic. 1986.



boeconomía, sistemofactura, sistema-rama mundial que llevan a la decadencia de los antiguos subsistemas nacionales, disolución de las actividades industriales en conjunto compuestos con predominancia incierta. Las actividades de servicios, las llamadas actividades inteligentes, se desarrollan en lugar de las actividades materiales cuyo campo de aplicación se reduce día a día. Es evidente que estos aspectos, y muchos otros, cuya importancia señala correctamente Ikonicoff, definen los términos de la reflexión actual sobre el futuro tecnológico de nuestras sociedades. Sin embargo, la reflexión sobre las mutaciones tecnológicas, aún si se pudiese prever el futuro con exactitud, no puede substituirse a los graves problemas económicos enfrentados hoy por el Tercer Mundo: su insolvencia actual, las condiciones y consecuencias del endeudamiento internacional, las necesidades de financiamientos frescos, las políticas de equilibrio y estabilización. Asimismo, la emergencia de nuevos sistemas-ramas mundiales no va forzosamente a resolver el problema del equilibrio financiero ni tampoco aquel de la estabilización de los precios y de los sistemas monetarios nacionales. Por consiguiente, el encanto de las nuevas tecnologías no debería hacernos olvidar que los problemas económicos fundamentales, lejos de estar resueltos por estas nuevas aplicaciones, se plantean otra vez y con mayor fuerza.

En el contexto recesionista actual, la emergencia de las tecnologías de punta que fomentan un crecimiento vertiginoso de la productividad del trabajo no podrá sino profundizar el desempleo y el subempleo³⁰ lo que beneficiará especialmente a las grandes empresas y grupos ya constituidos. Ikonicoff anuncia el fin del "paradigma nacional" del desarrollo y aparentemente sería reemplazado por el de las nuevas entidades de dimensión mundial y de conexión sectorial. Sin embargo, no insiste sobre esta idea hasta sus últimas consecuencias y vuelve otra vez sobre el infranqueable horizonte de la economía nacional: sería necesario reestructurar los espacios económicos nacionales en los países del Tercer Mundo mediante nuevas tecnologías y fundándose en las actividades de punta.

Aunque podríamos aún imaginar la popularidad que esta idea siempre tuvo en esos países, es evidente que el Tercer Mundo no podría, ni siquiera en términos teóricos, lanzarse sobre estas tecnologías de punta. En efecto, los bienes tecnológicos están lejos de circular libremente en los mercados mundiales pues hace objeto de patentamiento y por lo tanto son estrechamente controlados por los fabricantes. En último análisis, la revolución tecnológica de nuestra época ha sido favorecida por la larga duración de la recesión. Esta revolución tecnológica está lejos de haber contribuido a encontrar una salida a la crisis, sino más bien la ha agravado, y termina por crear nuevos circuitos internacionales de nuevos mercados para productos nuevos. Esto es, la producción y comercio de bienes tecnológicos.

¿Se puede decir que la tecnología es subversiva? ¿Sería capaz de modificar la realidad económica y social del mundo? La pregunta merece ser hecha, como fue hecha por los clásicos ingleses a propósito de la Economía Política como tal.³¹ De Adam Smith a León Walras, el mercado fue siempre considerado como el remedio contra toda cristalización

³⁰ Benjamín Coriat, *La Robotique*, La Découverte, Paris, 1983.

³¹ F. Clairmot, *Economic liberalism and underdevelopment*, Asia Publishing House, Londres, 1960.

de intereses categoriales. Sin embargo, esta confianza radical en las capacidades del mercado fue objeto de revisiones desgarradoras en el siglo XX. ¿No podría pasar lo mismo con la confianza radical en que la tecnología podría normalizar toda posición dominante y abuso de poder? El fracaso del *populismo tecnológico* en la subversión del orden económico y social establecido, desde el tiempo de Saint-Simon y Augusto Comte hasta nuestros días, confirma nuestra hipótesis: la tecnología constituye siempre una *referencia exógena* al orden económico y social. Como tecnología, queda sometida y determinada en su evolución y en sus mutaciones por el conjunto del sistema económico y social.

El análisis de Ikonicoff tiene el mérito de plantear con insistencia para los países del Tercer Mundo lo siguiente:

a) la necesidad urgente de elaborar estrategias apropiadas que les permitan el acceso a la utilización de las nuevas tecnologías;

b) el de precisar que, más allá del simple acceso, el problema crucial para el Tercer Mundo consiste sobre todo en el establecimiento de condiciones y mecanismos que aseguren la continuidad de los "flujos tecnológicos", flujos constantemente renovados, en conformidad a las necesidades de la *adaptación permanente*.

La apertura y adaptabilidad permanente de los sistemas tecnológicos, concluye justamente Ikonicoff, vale aun más que la pretendida independencia o autonomía establecida sobre la base de tecnologías apropiadas. Esta posición tiene la ventaja de tomar en consideración que la competencia internacional no se refiere sólo a los productos, sino que engloba también los procesos y las técnicas. Sin embargo, esta apertura y adaptabilidad tiene evidentemente costos elevados que los países podrán financiar sólo con los resultados positivos de la gestión de sus sistemas económicos. Por consiguiente, la necesaria renovación tecnológica depende, en definitiva, de la capacidad de los agentes económicos de realizar resultados positivos. Una vez más, no hay solución técnica milagrosa.

XII. A guisa de conclusión

Hemos llegado al final de esta revisión de las diversas concepciones actuales sobre la crisis de los modelos de desarrollo. Los trabajos de economistas experimentados, como los de Ikonicoff, nos han servido de referencia en nuestro recorrido porque son particularmente actuales y penetrantes, se ocupan de cuestiones cruciales, y abren nuevos campos a la reflexión. En esas condiciones, el itinerario intelectual de alguien como Ikonicoff, representa de manera ejemplar, el de las propias teorías y modelos de desarrollo. Si al final el teórico elige de hecho el divorcio con sus propias teorías, nadie está obligado a seguirle en ese camino, pero se habrá sabido al fin con claridad sus razones y lo que está en juego en lo planteado por los nuevos enfoques que el mismo está cuestionando.

Por nuestra parte, acogemos positivamente lo que es nuevo e interesante en la problemática sobre el desarrollo, la crisis económica y las mutaciones tecnológicas. Sin embargo, no estamos convencidos que haya llegado el momento de abandonar los conceptos y las expresiones teóricas de las cuales disponemos. Podemos y debemos sin duda completar nuestros esquemas explicativos en los campos donde se manifiesten vacíos: por ejemplo la importancia del factor exterior en los

modelos de desarrollo. Pero, las omisiones constatadas no deberían servir de pretexto para proclamar a la ligera el fin de toda reflexión teórica apropiada, el fin de toda tentativa de interpretación que vaya más lejos que el mundo de los fenómenos.

Es incontestable que los modelos de desarrollo no están de moda. El fracaso del desarrollo proviene del tránsito de la economía mundial a una fase recesiva pero ésto no autoriza para hablar de fracaso de estos modelos, como si otros modelos hubiesen sido más apropiados para promover el desarrollo. Precisamente porque la crisis de los modelos es un hecho, nuestro deber es de clarificar las condiciones históricas y teóricas de este imbroglío: por supuesto clarificar no para cambiar el mundo sino más bien para comprender por qué, pese a todo, éste no ha cambiado en el sentido previsto por nuestros análisis de hace algunos años.

Las teorías del desarrollo son todavía útiles porque aunque aparezcan como inaplicables en el presente, guardan con todo en ellas mismas la promesa del desarrollo, en un mundo que busca familiarizarnos con la idea del estancamiento.